

Plaza pública

para la edición del 7 de marzo de 1995

Continuismo costoso

Miguel Ángel Granados Chapa

Como supone la fiscalía que ocurre en el caso de su hermano, también hay una mezcla de móviles personales y políticos en el desafío lanzado la semana pasada por el ex presidente Carlos Salinas a su sucesor, episodio del que salió triunfante. Su adicción al poder cuenta centralmente en la generación de su actitud. Pero sobre todo explican su conducta condicionamientos y exigencias de los intereses económicos que prosperaron durante el sexenio anterior, de los que Salinas debe seguir siendo garante.

Pareció siempre claro que una de las razones por las cuales, tras el asesinato de Luis Donaldo Colosio, el Presidente Salinas escogió como candidato suplente al doctor Ernesto Zedillo fue que aseguraba la continuidad de la política económica, y aun el continuismo de las prácticas del sexenio salinista, expresado como prolongación mecánica de los modos de alcanzar objetivos que no deben variar. Los hechos comprobaron que así sería, pues el gabinete presidencial constituido hace tres meses estaba notoriamente marcado por el sello salinista. De ese modo, dos secretarios de Estado muy próximos a Salinas, el de Hacienda Jaime Serra (que lo fue de Comercio) y el de Desarrollo Social Carlos Rojas (que repitió en el cargo), no sólo mantenían las líneas

programáticas en sus propias áreas sino que, como cabezas de los gabinetes económico y social, garantizaban la continuidad ofrecida a los centros de decisión económica mexicanos y extranjeros.

Pero uno pone y Dios dispone. Previstos o sorpresivos, los acontecimientos financieros se arrojaron encima del naciente gobierno y lo colocaron en una situación delicada en extremo, porque la devaluación hizo detonar una nueva crisis, no sólo económica sino con ribetes sociales y políticos. Frente a la emergencia, el gobierno sólo acertó a proponer más de lo mismo, pero fue evidente la insuficiencia de ese programa, y aun su abierta infracción. En efecto, el acuerdo para encarar la coyuntura establecía la obligación de congelar precios salvo las inevitables repercusiones de los insumos importados. Pero se ha producido una carestía generalizada, con mayores tarifas o precios autorizados o admitidos por el gobierno, amén de las desproporcionadas tasas de interés cuya alza ha estado condicionada por la necesidad de retener inversiones en México. Y ya no hablemos de la paridad, que ayer mostró las estrechas fronteras del modelo vigente, al romper la barrera de los siete pesos. De ese modo, únicamente los salarios permanecen bajo control, lo cual resulta inadmisibile aun para un movimiento obrero mediatizado por una crisis muy prolongada, que pone la defensa del empleo en la primera línea de defensa de los sindicatos y los asalariados en general.

El Presidente Zedillo ha sostenido que antecesores suyos colocados en una disyuntiva análoga a la que

ahora protagoniza él mismo, se equivocaron al flaquear en su política salarial de emergencia, y que él no incurrirá en un error semejante. Pero, ya que ha dado muestra de flexibilidad o de debilidad en otras áreas de su cometido (señaladamente en el caso de Chiapas, donde el zigzagueo incomoda a todos), no se puede asegurar plenamente que sea capaz de resistir la legítima presión sindical en pos de mayores salarios, que por lo menos mitiguen el aumento generalizado de precios. Y, más todavía, quizá no hay certidumbre en los círculos del poder económico respecto de la capacidad presidencial de mantener el proyecto económico desarrollado por el Presidente Salinas.

En efecto, aunque de manera sorda todavía, aun en medios gubernamentales se abre paso la convicción de que es necesario poner en cuestión el modelo económico hasta ahora seguido, cuyas limitaciones fueron señaladas de tiempo atrás, pero cuyos efectos son ya inequívocos. Es decir, empieza a creerse (o a decirse, porque la creencia existía, silenciada) que no se trata de errores de operación, sino defectos del modelo mismo, los que han provocado la crisis. Y, por lo tanto, el remedio de la actual situación requiere no sólo enmendar esos yerros, se hubieran cometido en diciembre o en meses anteriores, sino proponer otros objetivos y otros instrumentos, es decir otro modelo. Esa convicción no es propia sólo de dirigentes políticos, sino que se esparce en sectores empresariales medios. La ufanía que produjo la globalización económica en el pasado reciente, por ejemplo, está siendo sustituida por una legítima campaña

de consumo nacionalista, patrocinada por el Consejo Nacional de la Publicidad. Y la Cámara Nacional de la Industria de la Construcción clama por la instrumentación de un programa de vivienda, que no es sólo la defensa de su interés particular, sino una proclama en favor del mercado interno, virtualmente abandonado por la fascinación de exportaciones que si bien crecieron significativamente no han sido la panacea que se supuso pudieron ser.

El modelo económico salinista se estructuró alrededor de poderosos grupos empresariales, y a tono con los lineamientos del Fondo Monetario Internacional. Ante la fuerza de las circunstancias, aun un creyente devoto en esos intereses y esas doctrinas, como el Presidente Zedillo, puede imaginar la exploración de otras vías, que acaso sean más eficaces que las ya probadas como lo contrario. El desafío de salinas sirvió para matar de raíz cualquier tentación en tal sentido.

cajón de sastre

Ya ha sido acusado el ex subprocurador Mario Ruiz Massieu, autor de un libro titulado precisamente Yo acuso. En México, se le señala como presunto responsable de tres delitos, intimidación, contra la administración de justicia y encubrimiento, porque quizá eliminó el nombre de Raúl Salinas en las averiguaciones que impulsó. En Estados Unidos se le enjuicia por declarar menos dólares de los que realmente llevaba consigo. Esa circunstancia, al parecer, es inequívoca, lo que sugiere que Ruiz Massieu se disponía a mantenerse lejos del alcance de la justicia sobre la cual había lanzado fulminaciones desde que dejó de procurarla.

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Continuismo costoso

Una de las razones por las cuales, tras el asesinato de Luis Donaldo Colosio, el presidente Salinas escogió como candidato suplente al doctor Ernesto Zedillo fue que aseguraba la continuidad de la política económica, y aun el continuismo de las prácticas del sexenio salinista



Como supone la fiscalía que ocurre en el caso de su hermano, también hay una mezcla de móviles personales y políticos en el desafío lanzado la semana pasada por el ex presidente Carlos Salinas a su sucesor, episodio del que salió triunfante. Su adicción al poder cuenta centralmente en la generación de su actitud. Pero sobre todo explican su conducta condicionamientos y exigencias de los intereses económicos que prosperaron durante el sexenio anterior, de los que Salinas debe seguir siendo garante.

Pareció siempre claro que una de las razones por las cuales, tras el asesinato de Luis Donaldo Colosio, el presidente Salinas escogió como candidato suplente al doctor Ernesto Zedillo fue que aseguraba la continuidad de la política económica, y aun el continuismo de las prácticas del sexenio salinista, expresado como prolongación mecánica de los modos de alcanzar objetivos que no deben variar. Los hechos comprobaron que así sería, pues el gabinete presidencial constituido hace tres meses estaba notoriamente marcado por el sello salinista. De ese modo, dos secretarios de Estado muy próximos a Salinas, el de Hacienda Jaime Serra (que lo fue de Comercio) y el de Desarrollo Social Carlos Rojas (que repitió en el cargo), no sólo mantenían las líneas programáticas en sus propias áreas sino que, como cabezas de los gabinetes económico y social, garantizaban la continuidad ofrecida a los centros de decisión económica mexicanos y extranjeros.

Pero uno pone y Dios dispone. Previstos o sorpresivos, los acontecimientos financieros se arrojaron encima del naciente gobierno y lo colocaron en una situación delicada en extremo, porque la devaluación hizo detonar una nueva crisis, no sólo económica sino con ribetes sociales y políticos. Frente a la emergencia, el gobierno sólo acertó a proponer más de lo mismo, pero fue evidente la insuficiencia de ese programa, y aun su abierta infracción. En efecto, el acuerdo para encarar la coyuntura establecía la obligación de congelar precios salvo las inevitables repercusiones de los insumos importa-

dos. Pero se ha producido una carestía generalizada, con mayores tarifas o precios autorizados o admitidos por el gobierno, amén de las desproporcionadas tasas de interés cuya alza ha estado condicionada por la necesidad de retener inversiones en México. Y ya no hablemos de la paridad, que ayer mostró las estrechas fronteras del modelo vigente, al romper la barrera de los siete pesos. De ese modo, únicamente los salarios permanecen bajo control, lo cual resulta inadmisibles aun para un movimiento obrero mediatizado por una crisis muy prolongada, que pone la defensa del empleo en la primera línea de defensa de los sindicatos y los asalariados en general.

El presidente Zedillo ha sostenido que antecesores suyos colocados en una disyuntiva análoga a la que ahora protagoniza él mismo, se equivocaron al flaquear en su política salarial de emergencia, y que él no incurrirá en un error semejante. Pero, ya que ha dado muestra de flexibilidad o de debilidad en otras áreas de su cometido (señaladamente en el caso de Chiapas, donde el zigzagueo incomoda a todos), no se puede asegurar plenamente que sea capaz de resistir la legítima presión sindical en pos de mayores salarios, que por lo menos mitiguen el aumento generalizado de precios. Y, más todavía, quizá no hay certidumbre en los círculos del poder económico respecto de la capacidad presi-

dencial de mantener el proyecto económico desarrollado por el presidente Salinas.

En efecto, aunque de manera sorda todavía, aun en medios gubernamentales se abre paso la convicción de que es necesario poner en cuestión el modelo económico hasta ahora seguido, cuyas limitaciones fueron señaladas de tiempo atrás, pero cuyos efectos son ya inequívocos. Es decir, empieza a creerse (o a decirse, porque la creencia existía, silenciada) que no se trata de errores de operación, sino defectos del modelo mismo, los que han provocado la crisis. Y, por lo tanto, el remedio de la actual situación requiere no sólo enmendar esos yerros, se hubieran cometido en diciembre o en meses anteriores, sino proponer otros objetivos y otros instrumentos, es decir otro modelo. Esa convicción no es propia sólo de dirigentes políticos, sino que se esparce en sectores empresariales medios. La ufanía que produjo la globalización económica en el pasado reciente, por ejemplo, está siendo sustituida por una legítima campaña de consumo nacionalista, patrocinada por el Consejo Nacional de la Publicidad. Y la Cámara Nacional de la Industria de la Construcción clama por la instrumentación de un programa de vivienda, que no es sólo la defensa de su interés particular, sino una proclama en favor del mercado interno, virtualmente abandonado por la fascinación de exportaciones que si bien crecieron significativamente no han sido la panacea que se supuso pudieron ser.

El modelo económico salinista se estructuró alrededor de poderosos grupos empresariales, y a tono con los lineamientos del Fondo Monetario Internacional. Ante la fuerza de las circunstancias, aun un creyente devoto en esos intereses y esas doctrinas, como el presidente Zedillo, puede imaginar la exploración de otras vías, que acaso sean más eficaces que las ya probadas como lo contrario. El desafío de Salinas sirvió para matar de raíz cualquier tentación en tal sentido.

CAJÓN DE SASTRE

Ya ha sido acusado el ex subprocurador Mario Ruiz Massieu, autor de un libro titulado precisamente *Yo acuso*. En México, se le señala como presunto responsable de tres delitos, intimidación, contra la administración de justicia y encubrimiento, porque quizá eliminó el nombre de Raúl Salinas en las averiguaciones que impulsó. En Estados Unidos se le enjuicia por declarar menos dólares de los que realmente llevaba consigo. Esa circunstancia, al parecer, es inequívoca, lo que sugiere que Ruiz Massieu se disponía a mantenerse lejos del alcance de la justicia sobre la cual había lanzado fulminaciones desde que dejó de procurarla.



El modelo económico salinista se estructuró alrededor de poderosos grupos empresariales, y a

tono con los lineamientos del Fondo Monetario Internacional.